

# Los fuegos fatuos de la nación cubana

*Los fuegos fatuos de la nación cubana. Un análisis sobre la esencia filosófica-política del racismo en Cuba, su vigencia y el futuro de la nación cubana.* Martínez, Iván César y Juan F. Benemelis. Kingston [Jamaica]: The Ceiba Institute of Afro-Cuban Studies, 2009): 230 páginas.

*Dice Orula: El saber está repartido.*

*Oddun del sistema filosófico-religioso Ocha- Ifá*

**R**eleo *Los fuegos fatuos de la nación cubana* con la apatencia y avidez de quien descubre otra Cuba, la que reincidentemente nos queda oculta. Lo hago de la mano de maestros que nos han sido vedados a generaciones nacidas en la Isla tras los cambios políticos, económicos y culturales de 1959. La suerte de conocerles me permitió tener prontamente este ejemplar. Paradójicamente se me transforma en pesar, por tantos cubanas y cubanos que deberían poseer sin dilaciones ésta como obra cercana, no en biblioteca, sino en casa; no en el librero, sino ahí, mientras más próxima mejor, para manosearla recurrentemente, mientras procuramos extraer la savia que nos brindan sus autores, los ensayistas afrocubanos Iván César Martínez y Juan F. Benemelis.

No se trata de moda ni de modismo. Los autores nos ofrecen una creación cuyo conocimiento y estudio se nos convierte en imperativo, en imprescindible, si pretendemos calarnos y comprendernos como la nación que verdaderamente hemos sido, con sus muchísimas

imperfecciones, incluidas aberrantes marginaciones y exclusiones, y avanzar hacia la nación que debemos ser, *la posible* (pág. 32), libre de las ataduras coloniales que desde su nacimiento arrastra y de las que no se ha aprestado a deshacerse.

Entre esas imperfecciones es su objeto de estudio fundamental la raza, como construcción histórica de interés esencialmente político-económico, y el racismo, «como ideología de odio, de desamor, de falta de solidaridad humana, desprecio, arrogancia, explotación, genocidio y destrucción psicológica de las víctimas» (pág. 9); raza y racismo posibilitan establecer la jerarquización de inferiores y superiores, con la falsa justificación del fenotipo, pero a partir de las cuales se engendra, difunde y trasciende el atrofiado funcionamiento de las sociedades.

## I

La pericia de Martínez y de Benemelis, ampliamente conocedores del tema, desde la

academia y desde sus propias experiencias de vida como activistas sociales y como impenitentes viajeros, les permitió facturar una obra erudita y de tono coloquial, de contenido científico, es decir: descubridor y reflexivo, que es a la par teórica y sentenciosa, con la virtud de quedar libre de innecesarias densidades; una obra que se instituye en documento de consulta y, por momentos, en manifiesto político reivindicativo, nada excepcional si nos atenemos al comprometimiento de ambos con la lucha frontal contra el racismo antinegro.

Fundamentándose ampliamente en la historia, de la humanidad y de Cuba, entresacando de esos resquicios en los que comúnmente no muchos estudiosos —con o sin (mala) intención—reparan, con prosa amena, que ilustra y ofrece información sin rebuscamientos ni ínfulas presuntuosas, transitan por los derroteros de la filosofía y de la politología, sin temer el auxilio de la sociología y de la antropología, incluso de la psicología, aun con el reconocimiento de que estas ciencias, desde sus nacimientos, han servido ampliamente a los intereses discriminadores de los poderes establecidos.

Oportunamente, nos recuerdan que «la historia la escribe el vencedor, quien se apoya en su poder para hacer legítimos y valederos sus intereses, ideas, percepciones, intenciones, conveniencias y valores que pretende inculcar dentro de los vencidos» (pág. 28) Razón por la cual puntualizan al inicio de sus conclusiones que han «utilizado el método de ‘reconstrucción’ para mirar dentro de la filosofía de la historia de la realidad cubana, método (...) más eficiente para abordar el muy particular, incisivo y cínicamente escurridizo fenómeno racial cubano, con todas sus implicaciones de exclusión social, subordinación ‘racial’, alienación humana, coerción y desarrollo de estereotipos de ‘superioridades’ e ‘inferioridades’ que tanto han incidido en el drama social cubano» (pág. 217).

Nada han dejado Martínez y Benemelis a la improvisación. Este ensayo es fruto del análisis bibliográfico, del trabajo de terreno, y pecaríamos de ingenuidad si pensáramos que no se implican las experiencias de vida de ambos estudiosos, de las cuales —como acontece con todas las personas— derivan sus posiciones ideológicas. Advierten a sus lectores, de que sería «inadecuado e inútil querer ser imparcial e intelectualmente neutro en el examen de esta problemática, pues desde esa neutralidad (...) resultaría difícil desentrañar una construcción realizada desde contextos ideológicos específicos de control y de exclusión, como son el patriarcado secular y el teológico, o el esquema esclavista y sexista de poder, que sirven para bloquear masivamente la vivencia y presencia de sectores mayoritarios de la familia humana» (pág. 104).

En 230 páginas, a través de 13 capítulos, a los que añaden una introducción y unas, pareciera por su extensión de cuartilla y media, rápidas conclusiones —ni la una ni la otra, por su profundidad y puesta al día en la importancia nacional del tema, deben soslayarse—, encontramos teoría (incluida una amplia conceptualización) y análisis filosófico, repaso del origen de la esclavitud y de la transformación del racismo en su sostén y en cimiento de la hasta hoy prolongada supremacía blanca, con sus secuelas de inhumanidad y de retención del monopolio del poder en manos de una raza, las vastas justificaciones al racismo a partir del discurso antropológico y la actitud mayoritaria de los intelectuales y científicos blancos cubanos que a ello se sumaron, la vigencia del «miedo al negro», que habiéndose heredado desde la realización de la Revolución de Independencia de la vecina Haití perdura en la estructura de poder isleño (fidelista); la concordancia entre el marxismo y el racismo, la incoherente relación entre la aplicación del racismo en un sistema socio-político democrá-

tico y la violación de los derechos humanos que el racismo en tanto sistema de opresión representa, la no siempre feliz conexión entre cultura y nación, y el escrutinio de la estructura social-racista en Cuba entre 1902 y 1958, aunque con otros títulos dados a los capítulos, se adentran en el análisis de esa estructura en los últimos 51 años de vivencias de la nación.

Todo ello, aderezado por el análisis del fenómeno de la negritud en sus diversas expresiones y variados exponentes, la revelación del por qué no se erradica el racismo en la Isla y la relación del «mito mesiánico y político» —la búsqueda ansiosa de esa figura cuasi divina (pág. 176), síntesis de Antonio Maceo y de José Martí, «una especie de Mesías que librara a la nación de todos sus males» (pág. 175)— con la ideología racista de supremacía blanca.

El resultado es una obra didáctica aunque libre de didactismos, desprejuiciada y polémica. La historia pasada la convierten en apoyatura para el análisis del presente y el avance de lo que debería ser el futuro. Desde la introducción, con la metodología del *flash back*, van al encuentro del debate de la contemporaneidad, situándose activamente en su centro.

Debería ser este tratado igualmente de consulta para los elaboradores y realizadores prácticos de política. Lejos de merecer la censura, el silencio y el ocultamiento, la obra debería ser estudiada, analizada, criticada, discutida, por los cubanos de dentro y fuera de la Isla, estudiosos del tema o no, y pudiera serlo por tantas otras agrupaciones sociales, víctimas o victimarias de racismo o de cualquier otro tipo de discriminación, pues, a fin de cuenta, unas y otras quedan enfermas y pueden ser muy seguramente transmisores del mal. Afortunadamente sé de algunos ejemplares circulando por aquí, suscitando perplejidad, reconocimiento y asombro, y siempre —de lo que he tenido conocimiento—, una susurrante

buena acogida. Posiblemente, a más de uno desconcertará también.

Literatura, teatro, poesía, ciencias sociales, música, y sus exponentes son revisitados, mientras sus narrativas de lo nacional cubano son escudriñadas con agudas y desprejuiciadas miradas críticas. No se detienen ante los altares en los cuales han sido colocadas personalidades del mundo de la cultura, de las ciencias, o de la política, ni de hoy ni de ayer. Tomás Romay, Fernando Ortiz, Roberto Fernández Retamar, y muchos más, son dilucidados desde el análisis de sus propias prédicas, como lo son José Martí y Fidel Castro. Cultura y nación, parecieran decirnos, no necesariamente son un buen matrimonio, «no siempre encajan» (pág. 82).

No puede serlo si seguimos viendo la realidad afianzados en la racionalidad que nos han impuesto, mirando generalmente «con ojos de colonizadores o de colonizados» (pág. 82). Por eso es fundamental acceder al ejercicio de la libertad, para que esas miradas cambien, para que seamos conscientes y podamos ejercer criterios desde nuestras propias racionalidades, desde nuestras miradas particulares, sin que tengamos necesariamente que aceptar, acoger y reproducir lo que nos viene dado por el poder, incluido el decirnos quiénes y cómo somos.

Nos convocan los autores a «plantear la cuestión identitaria desde una perspectiva nueva» (pág. 98), pues estamos necesitados de reconocer e interpretar las especificidades de la cultura cubana, si pretendemos «conformar una identidad auténtica, revertiendo las visiones preconstruidas de Europa como el canon y África como lo perdido» (pág. 98). No se trata de chovinismo ni de caprichosas rupturas, sino de romper con la colonialidad del saber, con la opresión de los poderes, se trata de la famosa «insurrección de los saberes sometidos» de Michael Foucault (pág. 98), que es lo que permite ser realmente independiente, y que, en los

casos de las excolonias, conlleva al proceso de efectiva descolonización de sus sociedades.

## II

Con la mixtura de datos personales sobre las vidas de los llamados fundadores del marxismo, como con citas tomadas de textos de estos, los profesores Benemelis y Martínez nos conducen por el demostrable racismo de los reductores de los conflictos sociales a la condición de lucha de clases, tesis utilizada, incluso actualmente, por no pocos estudiosos isleños que continúan enfrascados en hacer creer o, al menos, hacernos repetir —ya ni se toman el trabajo de intentar demostrar—, que el problema en Cuba no es racial, sino económico y que, por supuesto, la culpa la tiene el bloqueo de EE.UU., a lo cual, en tiempos del mal ejemplo que da a la Isla la llegada de un afrodescendiente a la Casa Blanca, los intentos de explicativos-impositivos tienen un agregado: ahora la culpa la tiene «Obama y su política hipócrita, que ha continuado con la línea de su predecesor, George W. Bush».

El desprecio por judíos, mexicanos y africanos nos salta, desde las letras, como insulto para los nacidos aquí tras 1959. Nos hubiéramos cuestionado o no la necesidad del marxismo en nuestros entornos latinoamericanos y caribeños, especialmente en el cubano, tan plural en su pensamiento pese a que no llegue a abrazar el pluralismo, se nos abren ahora tantas interrogantes, en particular: ¿conocían los cubanos autodenominados marxistas de esta parte de la ideología política a la que se afiliaban?, ¿por qué pretender imponer, en una nación etno-racialmente plural, una ideología política que entraba totalmente en contradicción con su realidad social? Es cínico y cruel, en una sociedad nacida etno-cultural y económicamente de la esclavitud, imponer una ideología defensora de ese sistema de explotación y,

además, calificarlo de liberador: ¿para quiénes? ¿Es que el marxismo, luego el marxismo-leninismo, sólo fue un ropaje ideológico, de supuesto corte moderno, impuesto para perpetuar un sistema de opresión de contenido etno-racial y de apariencia liberadora?

Conocer que los marxistas «arremetieron contra los predicadores y guías eclesiásticos negros, presentándolos como ‘opresores’ de la raza» (pág. 143), y que se contraponían directamente contra las religiones de origen africano nos esclarece la continuidad, por más de 30 años de autodenominado gobierno revolucionario cubano, de la política colonial que consideraba delincuente y criminal al afro-religioso, ensañándose con este sector más allá de la aplicación de la política atea y ateizante de esos años. Surge otra interrogante: ¿Cómo pretender, entonces, que el santero, el *abakuá*, el *vaudou* o el palero cubano solicite entrar al Partido Comunista de Cuba (PCC), luego del III Congreso y su apertura a la admisión de religiosos?

Marxismo, misticismo y mesianismo, presentes en el proyecto político en el poder en la Isla, entorpecen y han llegado a convertir en tabú, es decir: en prohibición oficiosa, la discusión y hasta la investigación sobre la situación del tema racial en el territorio nacional.

Así son articulados en uno de los párrafos, que pudieran ser considerados síntesis sin que así aparezcan en la estructura de la obra. Tras presentar el cuadro deprimente de la situación real en la que desenvuelven sus vidas la mayor parte de la población negra-mulata cubana, podemos leer: «A pesar de todas estas cosas objetivas y reales que ocurren en Cuba de manera normal y cotidiana y que niegan por completo el pensamiento martiano de ‘con todos y para el bien de todos’, la aprehensión del drama racial no es plenamente percibida debido a la fuerza tremenda que ha tenido, no solamente la histórica ideología de supremacía

blanca que el gobierno sigue y practica, sino muy especialmente, la forma en que esta ideología se ha manifestado en los últimos 50 años a través de un revestimiento patriótico, místico y paternalista no conocido en los cinco siglos de poder blanco sobre la Isla» (pág. 180).

Si únicamente hubiesen hecho este enunciado y a partir ahí intentar fotografiar, incluso sin análisis, lo sucedido en Cuba, ya pudiéramos decir que los autores hicieron diana, pero hacen mucho más.

### III

La obra se destaca como pieza intelectual y de compromiso socio-político de dos autores con amplio protagonismo en la temática, sin que hicieran de sus posiciones un *modus vivendi*. Es realización iconoclasta, ampliamente argumentada. A los ojos de no pocos, imbuidos del afán de hallar enemigos y hasta de inventarlos, parecerá subversiva, pues así ha sido calificado el eje temático. No expresa parcialidad ni ánimo de inculpación arbitraria, lo que en las últimas décadas algunos suelen reprochar a quienes, sin medias tintas, afrontan este tipo de investigaciones. En ningún caso, a menos que se esté tratando de hacer politiquería, encontramos rasgos de panfleto ni arbitrarias intenciones difamatorias o, como se dijera en la Isla, en los tiempos de fervor revolucionario, de crítica destructiva.

Es la obra de dos intelectuales afrocubanos, obligados —como tantos otros— a la diáspora por sus ideas sobre lo que debe ser la nación, sobre la necesidad de su recomposición o de su verdadera creación, que fuerza a ser integrador en paridad y no falsamente integrador, porque lo último implica sometimiento. Podemos apreciarla como el fruto del empeño de dos cubanos legítimos y auténticos, de esos pocos que han arribado a la fase integrativa de la cubanidad de la cual alguna vez hablara

Fernando Ortiz, que desesperan porque saben de la necesidad de avanzar en la conformación identitaria nacional, pues, de lo contrario, nos abocamos al riesgo de la desintegración de su tejido social, o, lo que es lo mismo, dejar de ser.

Es obra de dos intelectuales comprometidos profesional y cívicamente con su país aunque, por el momento, no puedan residir en él. Por eso, además de detenerse en las particularidades del tema racial en el pasado y presente de la Isla, vislumbran un posible futuro y, sin arrestos proféticos, con audacia y en ejercicio de su condición de cubanos y de ciudadanos, ofrecen sus propuestas sobre lo que debería hacerse, lo que es igualmente válido y necesario como científicos sociales.

Desde la introducción podríamos intuir que ello sucedería, que no nos enfrentábamos a una vulgar repetición, sino a otro tipo de narrativa de la historia nacional. En una de las primeras páginas afirman: «Para lograr un análisis profundo y una catarsis de los defectos y taras de la nación cubana, es necesario reconstruir el andamiaje dado por la cultura y la historia convencional en todas sus manifestaciones, identificar los patrones deformantes como el racismo, la violencia política, el caudillismo, la supremacía masculina, la subestimación de la cultura, entre otros» (pág. 11). Más adelante, enfatizan: «La historia de la Cuba colonial necesita rehacerse para incluir la perspectiva de los esclavos, el protagonismo de su herencia cultural, de cómo percibían la esclavitud y sus luchas abolicionistas; se necesitan rescatar las biografías de esclavos, palenques, documentación, la tradición oral, el folclor. Es necesario estudiar los orígenes étnicos de los esclavos y sus alzamientos contra el sistema de plantación y la colonia, y como ello ha marcado las distintas regiones de la Isla» (pág. 12).

Practicando desde el intelecto el derecho de rebelión, Iván César Martínez y Juan F. Benemelis, reconocen la alta complejidad del

tema en el cual se adentran y son incisivos. «El liderazgo revolucionario —afirman— no quería y no puede solucionar este problema histórico. Ellos no pueden hacerlo porque respaldan la supremacía blanca de forma consciente e inconsciente y porque el problema sólo puede ser solucionado por el propio pueblo negro. El liderazgo del país puede facilitar u obstruir el proceso, pero ellos no pueden solucionar un problema cardinal del cual ellos son parte» (pág. 193). Así, directamente, explicitan la posición de la cual parten para ofrecer propuestas.

Esperar, palabra de orden y, en ocasiones, enunciada como orden, al más rancio estilo militar, es la manera en la que muchos pretenden que la población negra-mestiza continúe otorgando crédito a quienes les denigran y desprecian, les someten y enajenan. Para Benemelis y Martínez, también para no pocos negros-mulatos de la Isla, esa solicitud es un pretexto táctico «con el objetivo de ganar tiempo para evitar la necesidad de confrontar el problema cara a cara» (pág. 193). Nos recuerdan que, desde la filosofía, la responsabilidad personal y colectiva por nuestras acciones y advierten: «La población de piel oscura en Cuba debe tomar el control de sus acciones colectivas y llevar a cabo las decisiones finales de qué deben hacer para deshacerse de su prolongada y permanente situación de subordinación, coacción, marginación y pérdida de sus libertades individuales y colectivas» (pág. 193). Reafirman: “Esos que cumplen y que viven de acuerdo a la ideología de supremacía blanca son responsables de sus acciones» (*Ibidem*).

En este punto cabrían algunas interrogantes: ¿realmente todo el mundo es responsable de sus acciones? ¿Se es en todo momento responsable de las acciones que se ejecutan? ¿Cómo responsabilizarse de aquello de lo cual no se tiene conciencia? No debemos olvidar ni minimizar la importancia real de un factor fun-

damental en la historia del racismo en cualquier parte del mundo, como en el accionar al respecto, a manera de contrapoder: la enajenación real que genera, en muchas personas, la coacción y la opresión, máxime cuando ha sido practicada y ampliamente desplegada durante siglos, comprometiendo la auto realización de decenas de generaciones.

Son concisos los autores en sus propuestas de resolución a la problemática nacional: «La accesión proporcional de las élites pensantes negras y mulatas, a las instituciones del poder, constituye el paso final y definitivo de Cuba hacia su integración nacional (interrumpida por la masacre de negros en 1912 y la ola migratoria ibérica), hacia la participación política y, por consiguiente, hacia la democracia, si por tal queremos decir mejor circulación y distribución de los poderes políticos y materiales; para ello, es evidente que se necesita un verdadero vuelco de las racionales y estáticas jerarquías sociales y, por lo tanto, al desbloqueo sociológico, a la emergencia de nuevas capas procedentes de la masa crítica negra y mulata» (pág. 214-215).

Pocos de los interesados en la problemática racial opondrán conjeturas a los doctores Iván César Martínez y Juan F. Benemelis. La mayoría coincidimos en que «uno de los mayores desafíos es luchar contra el prejuicio, presente y retro-alimentado en nuestro imaginario de las más diferentes formas, a través de los medios de comunicación» (pág. 216). Un segundo aspecto sigue sin suscitar consenso. Si bien convenimos en que el problema resulta una encrucijada nacional, perduran los reparos respecto a que «blancos y negros deben aportar soluciones» (*Idem*), como en que “el primer paso para comenzar a resolver esta situación es que la población no blanca comience a organizarse en grupos y sociedades, junto a los blancos que entiendan la raíz de esta problemática» (pág. 216).

No se ha alcanzado la total comprensión de que la problemática racial reviste carácter nacional, ni de que, aunque en diferentes formas, afecta a blancos y negros-mulatos, en tanto drama de proporciones superlativas. El aumento del mestizaje biológico, complejiza más el asunto, sin que por ello la población siempre y necesariamente lo perciba.

Opinan muchos —con independencia del color del exponente— que ese es asunto de negros, atrasados y acomplejados. Para algunos negros-mulatos es asunto a resolver únicamente por ellos, y aunque parece que son muy pocos, andan por ahí quienes proponen la realización de una revolución negra, con la vista puesta en la construcción de una nación para negros-mulatos. Otros, sin llegar a reconocer, o sí, la problemática, pero sin registrarla como drama ni trauma de hondura, aseguran que la búsqueda de solución debe quedar en manos de la población blanca, pues sus coterráneos negro-mulatos mostrarán apasionamiento y no podrán ser objetivos. Quizás el sustento del primer y último planteamiento sea el vigente «miedo al negro».

«El racismo en Cuba tendría solución temprana, si en la Isla existiera una genuina voluntad política e ideológica por parte de la élite dominante, en ayudar a que este proceso marche sin grandes contratiempos, para ello, lo único que tendría que hacer esa élite sería el propiciar el desmantelamiento de la ideología de supremacía blanca (cosa a la que no parecen estar dispuestos a realizar)» (pág. 217). Esta afirmación esencial encierra la clave del desenlace, positivo o negativo, a favor de la deconstrucción del andamiaje social racializado que hemos heredado, alimentado o, incluso si lo rechazamos, de alguna manera hemos contribuido a su sostenimiento y reproducción, o en contra del actual sostenimiento de ese orden social.

## *Casi un epílogo*

Esta obra —me permito alertar— no es capricho de especialistas ni es —como se acostumbra a pensar en Cuba cuando las investigaciones y los criterios provienen de estudiosos nacionales radicados en el exterior, especialmente si son cubano-estadounidenses— factura de subversión enemiga. Es anuncio y previsión sobre un asunto fundamental para Cuba, para *Afroindohispanoamérica* y para el mundo, desde que el racismo como mecanismo de control y de represión, y como ideología de poder reforzada en la *biopolítica*, en la falsa certeza de «de inferioridad y superioridad racial congénita y hereditaria» (pág. 21), se instalara nefastamente en este hemisferio tras el primer viaje de Colón.

Como oportunamente se nos muestra, el racismo, «aunque sufrió diversas metamorfosis a través de los subsiguientes siglos, se mantiene hoy, finalizando la primera década del siglo XXI, como el principal problema social, político, económico, jurídico y cultural de la aún no cuajada nación cubana» (pág. 26). Iván César Martínez y Juan F. Benemelis son prácticamente desconocidos en Cuba, luego de décadas radicados en el exterior, aunque es evidente que no han sido del todo olvidados por su generación y, afortunadamente, algunos entre las posteriores generaciones implicados en el estudio y desempeño contra el racismo antinegro comenzamos a conocerles. Ambos están comprometidos con la suerte de su nación y de su país, y han hecho con esta obra su parte, adelantándonos una de las posibles narrativas reevaluadoras de la cubanidad y ofreciéndonos un documento de consulta, una contribución a la polémica, una posible plataforma para el accionar.

Nos queda a nosotros, millones de cubanos y cubanas asentados en la Isla y por los más disímiles espacios geográficos, intervenir con

nuestra parte, continuar por sus caminos en la búsqueda de nuestra verdadera historia y en la relectura de la que nos han dado por cierta. Y sobre todo asumir posiciones más activas en la reconstrucción de nuestro ser identitario nacional, sin marginaciones ni exclusiones de ningún tipo, ni políticas ni económicas, ni étnicas ni raciales, ni de sexos ni de géneros, entre otras, para que, finalmente, principemos en la responsabilidad histórica de ser los cubanos mejores que debemos y tenemos que ser.

La nación cubana mestiza ha sido un engendro distorsionado y distorsionante, una ilusión para entretener a incautos. La nación cubana verdaderamente integrada e integradora se ha retardado por siglos, a propósito, y por la mezquindad de intereses de su élite blanca-criolla, pero ya no puede esperar más. Esa es la lección fundamental, para esta lectora, luego de releer a Iván César Martínez y a Juan F. Benemelis. Mi agradecimiento para ambos autores, como afrocubana y como estudiosa.

María Ileana Faguaga Iglesias  
Historiadora y antropóloga  
La Habana, Cuba